

ORIGENES DEL LATIFUNDISMO

Silvio ZAVALA

EL RECIENTE LIBRO del señor Chevalier acerca de los orígenes del latifundismo en México* se basa en una vasta consulta de fuentes éditas e inéditas. Estas últimas pueden verse explicadas en la introducción; el autor ha consultado estos archivos: el General de Indias en Sevilla, la Biblioteca Nacional de Madrid, el Archivo General de la Nación de México, la Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Departamento Agrario, y archivos provinciales y privados de este país.

La excelente preparación del autor como historiador social y su dominio de la materia estudiada se advierten desde los primeros párrafos, que dedica a la descripción del medio geográfico y humano.

Enfoca la repartición de la tierra como un fenómeno vinculado a una sociedad que procura analizar en su conjunto. Para comprender cómo nace y crece el latifundio es preciso explicar el cuadro general de la conquista y población de las Indias. Este acierto en el método que sigue Chevalier es tan significativo como la riqueza de la documentación en que basa sus afirmaciones. Además, toma en cuenta familiarmente los antecedentes europeos, lo que le lleva a ver la ocupación de México por los españoles como una prolongación de las grandes conquistas medievales.

Trata de los antecedentes indígenas y españoles relacionados con la psicología de los conquistadores y pobladores. Advierte la presencia de hombres poderosos rodeados de criados a quienes protegen y procuran beneficiar con mercedes. Subraya el aspecto extensivo de la colonización española y lo relaciona acertadamente con la estructura señorial que permite a un pequeño número de europeos dominar socialmente a gran población de vasallos nativos. Las descripciones

* François CHEVALIER, *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et société aux xv^e — xvii^e siècles*, Institut d'Ethnologie, Musée de l'Homme, París, 1952; xxvii + 480 pp., ilustr.

y los comentarios del autor se distinguen por su precisión y por la congruencia con la historia que expone.

La permanencia larga en el país y los viajes por el mismo le han permitido captar con claridad la diferencia entre la colonización del centro de México, que se apoya inicialmente sobre el señorío de pueblos indígenas sedentarios, y la del norte, que se caracteriza por ser una ocupación difusa en regiones de nómadas, con ganadería extensa y ambiente favorable a la gran propiedad.

Chevalier advierte que más que el cultivo del trigo, influyó el de la caña de azúcar, y sobre todo la ganadería, en la creación de la gran propiedad. En sendos capítulos describe el lento desarrollo de la agricultura de los españoles y la preponderancia de la cría de ganados; esta última sección está expuesta magistralmente.

El párrafo dedicado a la relación entre las encomiendas y la propiedad de la tierra (pp. 150-159) ofrece novedades documentales y destaca bien los matices del tema. Se percibe la influencia que ejerce la encomienda en la primera época de la colonización, y la desintegración posterior, cuando cambian las condiciones de la actividad rural. Los datos acerca del marquesado del Valle son particularmente interesantes.

En la formación de las grandes haciendas del norte del país, Chevalier advierte la presencia tanto de personajes con poder en torno de la Audiencia de Nueva Galicia como de mineros enriquecidos. El Nuevo Reino de León recibe hatos de ganado lanar trashumante.

El autor estudia las comunidades indígenas y criollas que se oponen al crecimiento de las haciendas y que a menudo entran en litigio con éstas. En párrafo documentado trata de las frecuentes compras de tierras que hacen los españoles a los indios.

Hace notar que la Iglesia no invirtió capital en la azarosa industria minera, pero sí procuró adquirir bienes territoriales que ofrecían seguridad más bien que gruesos beneficios. El crecimiento de las propiedades de las órdenes (entre las que sobresale la de jesuítas) llegó a provocar quejas del clero secular, que en los primeros tiempos no percibía los diezmos sobre ellas, y de los pobladores civiles, que recelaban la aminoración de las tierras que podían quedar a su alcance.

Chevalier analiza la posición fluctuante de la legislación real ante esta variedad de intereses y posiciones. También advierte que el clero regular y secular recurrió a la imposición de censos y capellanías sobre fundos rústicos. Como particulares, los clérigos poseían y cultivaban propiedades agrarias. Las composiciones de tierras beneficiaron en el siglo xvii a la propiedad eclesiástica, permitiéndole consolidar sus títulos.

No conozco un planteamiento más claro y fundado acerca de la propiedad eclesiástica en México que el contenido en estas páginas del autor. Ello confirma la validez de su método y la precisión con que maneja la documentación consultada, aunque en este y otros temas tratados surjan interrogaciones que monografías de más reducido ámbito han de ir resolviendo, como lo anticipa el autor en la introducción de la obra (p. xi).

En el último capítulo, dedicado a la hacienda y sus amos, Chevalier trata en detalle de las composiciones de tierras y aguas a partir de 1591 y sus efectos económicos y jurídicos. Luego examina el servicio de las haciendas, compuesto de gañanes retenidos por deudas y de terrazgueros que reciben pequeños lotes dentro de la gran propiedad como un medio para atraerlos. Este aspecto, que tuvo antecedentes prehispánicos, es destacado por el autor en la época colonial de manera más firme que la lograda hasta ahora en otros estudios. Menciona la tradición de los mayorazgos que vinculan la propiedad a un linaje y que contribuyen a crear una aristocracia a la andaluza, medio urbana y medio rural, amante de la equitación y los toros; aristocracia territorial que no rehusa las alianzas con las familias de los mercaderes ricos.

Cierran el libro algunas notas sobre la vida en las haciendas, tanto de los sirvientes como de los amos. El estudio se mantiene fiel a los amplios horizontes sociales dentro de los cuales sitúa el autor el tema concreto de la propiedad de la tierra.

Acaso hubiera sido deseable un análisis más minucioso del nivel económico de vida de los sirvientes y de su situación en las épocas de escasez de productos alimenticios.

En la conclusión hace resaltar el autor las ideas generales orientadoras de este estudio social, que no se pierde en la minucia de los datos fragmentarios. Sigue un bien escogido

apéndice de documentos, la extensa bibliografía, amplio índice analítico y algunas ilustraciones y mapas relacionados con el tema.

Desde la notable obra de Robert Ricard sobre la evangelización de México, no había contribuido la escuela histórica francesa con otra investigación de tema mexicano comparable en calidad y riqueza a ésta de Chevalier. Si el ritmo de la producción ha sido lento por explicables circunstancias del mundo contemporáneo, los frutos continúan distinguiéndose por su valor tanto desde el punto de vista de la comprensión histórica como de la fundamentación seria del estudio.